

FUNDACION DEL EMIRATO OMEYA DE CORDOBA

Por Pilar CASTILLO MANRUBIA
Doctora en Historia

Llegada de Abd al-Rahman ben Omeya a España

A finales del siglo VII, la disidencia jarichí venía haciendo en Oriente una propaganda sorda contra los Omeyas, que luego se convirtió en rebelión activa; asimismo los shiríes se sublevaron contra Damasco, apoyando al anticalifa Abd Allah ben al-Zubayr. Y como no había soberanos enérgicos capaces de sofocar estas rebeldías, prendieron también en Siria, lo que obligo a Merwan II, el último califa Omeya de Oriente, a reconquistar Siria, Mesopotamia, el Jurasán y demás provincias del otro lado del Tigris. El 28 de noviembre del 749 Abul Abbas Abd Allah es proclamado califa en la mezquita mayor de Cufa, quien, con anterioridad, había desplegado en el Jurasán la bandera negra, emblema de su dinastía; e inmediatamente se pone en camino hacia Siria, derrotando a Merwan II en el Zab superior y en Abusir, en el Alto Egipto, donde es herido de muerte el 7 de julio del 750. Muerto el califa omeya, se desató una horrenda persecución contra los miembros de su familia, por orden del nuevo califa Abu-l-Abbas. De esta carnicería sólo se salvó Abd al-Rahman, joven de veinte años, nieto del califa Hixem ben Abd al Malik ben Marwan e hijo de una cautiva bereber, Rah, lo que explica en cierta manera su inclinación al occidente musulmán.

El joven omeya había nacido en el 731 en los alrededores de Damasco. Era de estatura alta, vestía casi siempre de blanco —color de su Casa— y tenía los cabellos rubios que le caían en bucles, rostro simpático y enérgico, afeado sólo por la pérdida de un ojo.

Era buen poeta y orador elocuente, poseía una esmerada educación y talento poco común y creía estar llamado para un destino brillante —como efectivamente se cumplió—, creencia basada en la predicción de su tío abuelo Maslama, quien, cuando Abd al-Rahman tenía diez años, le anunció a su hermano Hixem (el califa): «*Este niño será el hombre que tú sabes*». (Corría de boca en boca entre los príncipes omeyas que su poder en Oriente se perdería, pero un vástago de tan ilustre familia lo restablecería en otro país).

Huyendo de la persecución de los abbasidas, Abd al-Rahman llegó a una aldea solitaria de las orillas del Eufrates, pero fue descubierto y, a nado, escapó a Palestina, donde se le unieron los libertos Badr y Salim, que le entregaron dinero y pedrerías de parte de sus hermanas, partiendo para Africa, en donde habían hallado asilo muchos miembros de su estirpe, porque allí gobernaba Abd al-Rahman ben Habib, que no reconoció a los abbasidas porque quería proclamarse emir independiente. Pero un adivino judío le había anunciado que un descendiente de una familia real que se llamaría Abd al-Rahman, y que tendría un bucle a cada lado de la frente, sería el fundador de una dinastía que reinaría en Africa. Así que, cuando vio a Abd al-Rahman ben Omeya, se prometió asesinarlo, ya que en él se cumplían todas las condiciones de la profecía. Por eso, el príncipe omeya tuvo que errar de tribu en tribu y de ciudad en ciudad recorriendo el norte de Africa, y así transcurrieron cinco años. Y convencido de que en Africa no realizaría sus propósitos, dirigió sus miradas a España, animándole mucho la existencia aquí de un núcleo importante de clientes omeyas, que en número de 500 pertenecían a la caballería siria, traída de Ceuta por el general Balch, y que estaban asentados en los distritos de Jaén y Elvira.

El príncipe omeya envió a su liberto Badr a ponerse en tratos con éstos, cuyos jefes eran Obaidala y Aben Jalid, a quienes entregó una carta en la que les decía: «*Querría ir a vivir entre vosotros, clientes de mi familia, porque estoy seguro de que seriais para mí fieles amigos. Pero, ¡ay!, no me atrevo a ir a España, cuyo emir —entonces era Yusuf— me tendería lazos como el de Africa, considerándome como un enemigo, como un pretendiente. Y, en verdad, ¿no tengo derecho a pretender el emirato, siendo nieto del califa Hixem? Puen bien, ya que no puedo ir a España como un simple particular, iré en calidad de pretendiente; pero sólo cuando me hayáis asegurado que tengo en ese país alguna proba-*

bilidad de éxito, que me apoyaréis con todas vuestras fuerzas, y que consideraréis mi causa como propia». Y terminaba prometiendo dar a sus clientes los puestos más elevados, en caso de que quisieran secundarle. Estos clientes decidieron que debían intentarlo, pero no sabiendo cómo hacerlo, le pidieron consejo a Somail de Zaragoza, a quien antes le tuvieron que ayudar para librarle del cerco a que lo tenía sometido Amir, al mando de los yemenitas y bereberes (753-754). Somail los escuchó y les pidió tiempo para reflexionar porque el asunto era grave, y colmó de regalos a Badr, el liberto de Abd al-Rahman ben Omeya, que había sido el emisario.

En mayo del 755, estando el emir Yusuf preparando una expedición de castigo contra los rebeldes del distrito de Zaragoza, llamó a los jefes Obaidala y Aben Jalid para que le ayudaran en esta empresa. El primero le contestó que no podían porque estaban agotados por el socorro prestado a Somail. Yusuf, para convencerlos, les envió mil monedas de oro, que cogieron. Al encontrarse en Jaén a Somail, le preguntaron qué había decidido del asunto. Este les contestó que Abd al-Rahman merecía el trono y que le apoyaría y aconsejaría a Yusuf que casara a su hija Om-Musa con el omeya; pero después empezó a reconsiderar los pros y los contras de la instauración del príncipe omeya en España, y llegó a la conclusión de que era mejor continuar como estaban. Así es que envió a un esclavo para decir a los clientes omeyas que le esperaran, porque quería hablarles. Cuando los vio, les dijo: *«Desde que me entregasteis la carta del hijo de Moavia y me presentasteis a su mensajero, he pensado muchas veces en este asunto. Reflexionad lo que vais a hacer, y si persistís en vuestros propósitos, pronto me veréis llegar; pero no será como amigo. Os juro que la primera espada que se desenvainará será la mía. Y ahora, id en paz; que Alá os sugiera lo mismo que a vuestro patrono, prudentes inspiraciones*». Los clientes omeyas respondieron humildemente: *«Dios te bendiga; jamás nuestra opinión diferirá de la tuya*». Somail les respondió: *«Como amigo, os aconsejo que no intentéis nada para cambiar el estado político del país. Lo único que podéis hacer es asegurar a vuestro patrono una posición eminente en España, y, si renuncia al emirato, me atrevo a asegurar que Yusuf lo acogerá benévolamente, lo casará con su hija, y le entregará, con ella, una fortuna considerable. Adiós y buen viaje*».

No teniendo nada que esperar ni de Somail ni de los maaditas, los clientes omeyas decidieron acudir a los yemenitas, quienes,

sedientos de venganza contra sus opresores, se prestaron a darles ayuda en pro de Abd al-Rahman. Compraron un barco y con Tamam y once más y 500 monedas de oro, se dirigieron a la costa, para ir a Marruecos.

Entretanto, el príncipe omeya, después de abandonar Nafza se estableció entre los Magila, a orillas del Mediterráneo, esperando la vuelta de Badr. Una tarde, mientras rezaba, vio llegar un buque a la costa y saltar de él un hombre, que se acercó nadando hacia la playa. Era Badr, que le dio 500 monedas de oro. El príncipe saludó a los demás tripulantes y todos decidieron salir cuanto antes; se empavesó el barco en honor del príncipe y poco después llegaron al puerto de Almuñécar. Era septiembre del 755. Se alojó primero cerca de Loja, en la finca de Jalid-Al-Fontin, y luego en el castillo de Torrox, entre Iznájar y Loja.

Conquista del poder

Por estas fechas, Yusuf y Somail estaban en Zaragoza, adonde habían ido a someter a los rebeldes coraixitas que, al verlos llegar con tanta gente, se rindieron sin pelear, siendo sus jefes ajusticiados. Unos días después, estando durmiendo la siesta el emir Yusuf, llegó un correo de Córdoba, enviado por su esposa, con un escrito que decía: «*Un nieto del califa Hixem ha llegado a España, fijando su residencia en Torrox, castillo del infame Obaidala ben Otman. Los clientes omniadas se han declarado por él; tu lugarteniente de Elvira, que había salido a hacerles frente con sus tropas, ha sido derrotado; los soldados han sido apaleados, pero no han matado a ninguno. Haz sin demora lo que juzgues conveniente*». Yusuf llamó a Somail, quien le aconsejó marchar inmediatamente contra el pretendiente. Pero como el ejército estaba indignado por las matanzas recientes —de los jefes coraixitas—, se negaron a emprender una nueva campaña y comenzaron a desertar hasta el punto de que apenas quedaron diez yemenitas, que eran los portaestandartes; también se quedaron algunos casitas y maaditas adictos a Somail, pero advirtieron a Yusuf y Somail que estaban agotados, por lo que convenía esperar a la primavera para atacar a Abd al-Rahman.

Yusuf regresó a Córdoba confiado en los que le decían que Abd al-Rahman no había venido a España a pretender el emira-

to, sino simplemente para buscar un asilo y medios de subsistencia. «*Si le ofreces una de tus hijas en matrimonio, y además dinero, no pretenderá otra cosa*», le decían. Yusuf envió a Torrox a tres amigos —Obaid, Isa y Jalid— para entablar negociaciones con el omeya, a la vez que le ofrecía ricas vestiduras, dos mulos, dos caballos, dos esclavos y mil monedas de oro. Cuando llegaron a Orx, Isa propuso quedarse allí con los regalos y que los otros siguieran a Torrox para tantear si Abd al-Rahman estaba dispuesto a negociar. Fueron recibidos por el príncipe omeya, a quien dijeron que Yusuf, agradecido por los beneficios que los omeyas le dieron a su abuelo Ocba, deseaba tratarlo bien con la condición de que no pretendiera el emirato, sino solamente las tierras que su abuelo Hixem había poseído en España, y le ofrecía a su hija con una importante dote y, además, acogerlo en Córdoba.

Los clientes omeyas respondieron dando su conformidad, opinión con la que no comulgaba Abd al-Rahman, pero guardó silencio por saber que aún no pisaba terreno firme. Entonces Jalid le entregó al príncipe omeya la carta que el emir Yusuf le enviaba, y Abd al-Rahman se la dio a leer a Obaidala, que ya ocupaba el primer puesto de su incipiente corte. Cuando terminó, le dijo que la contestara, pero cuando Jalid observó la torpeza con que Obaidala se preparaba para contestar a su elegante carta (Jalid era un esclavo cristiano manumitido, de una inteligencia extraordinaria, que Yusuf nombró su secretario, por lo que pronto adquirió gran influencia sobre él, quien no fiándose de sus propias luces, se guiaba siempre de otro; así que, cuando no tenía a su lado a Somail, se fiaba de Jalid, que era quien dictaba sus resoluciones), se indignó con vanidad de literato —él la había escrito— de que el príncipe confiara una tarea tan noble a un hombre tan inculto, y con una sonrisa burlona, le dijo despreciativamente: «*Te sudarán los sobacos, Abu Otman, antes de que respondas a una carta como esa*». Entonces, Obaidala indignado, le dijo: «*¡Infame, no me sudarán los sobacos, porque no contestaré a tu carta!*», y se la arrojó a la cara, dándole un puñetazo en la cabeza, a la vez que ordenaba a los soldados que lo prendieran. A continuación, dirigiéndose al príncipe, dijo: «*He aquí el principio de la victoria. Toda la sabiduría de Yusuf reside en ese hombre, sin el cual no puede nada*». A causa de este incidente quedaron rotas las negociaciones, y el príncipe se alegró al ver que el azar favorecía los propósitos que él no se había atrevido a confesar.



LA DESPEDIDA

(De la «Ilustración Española y Americana»)

El invierno fue aprovechado por Obaidala para escribir a los jefes árabes y berberiscos, incitándolos a que se sublevaran contra Yusuf. Los yemenitas acudieron todos al bando del omeya; los bereberes se dividieron; y, en cuanto a los caisitas, se le unieron seis. Con esto, las tropas de los dos bandos estaban bastante igualadas.

Al comenzar la primavera y saber que Yusuf se preparaba para atacarles, los omniadas se dirigieron hacia el oeste para atraerse a los yemenitas y Obaidala le preguntó al gobernador de la provincia de Regio —cuya capital era Archidona— si dejaría pasar por su territorio al ejército del príncipe, a lo que contestó: «*Conduce al príncipe a la Mosala de Archidona el día en que termine el ayuno, y ya verás lo que hago*». El día señalado (8 de marzo del 756) los clientes omeyas llegaron a la planicie en que iba a predicarse el sermón, y cuando el predicador iba a comenzar implorando las bendiciones del cielo sobre Yusuf, el gobernador del distrito dijo: «*No pronuncies más el nombre de Yusuf; sustitúyelo por el de Abd al-Rahman, hijo de Moavia, hijo de Hixem, porque éste es nuestro emir, hijo de nuestro emir*». Y, luego, dirigiéndose al pueblo, preguntó: «*¿Qué pensáis de lo que acabo de decir?*». Y todos contestaron: «*¡Pensamos como tú!*». Entonces el predicador suplicó a Dios protección para Abd al-Rahman, y la población de Archidona prestó juramento de fidelidad y obediencia al nuevo soberano. Después recibió el refuerzo de 400 jinetes de la horda berberisca de los Beni-al-Jali, clientes del califa Yazid II, que habitaban en Ronda. Con todo su ejército, el príncipe pasó la serranía de Ronda; luego se le unieron los yemenitas de la provincia de Sidonia, y se dirigió a Sevilla en donde los dos jefes más poderosos de la comarca —Abu Saba y Hayat aben-Molamis— salieron a su encuentro, entrando en Sevilla a mediados de marzo. Conocedor de que Yusuf ya estaba en marcha para atacarle en Sevilla, avanzó sobre Córdoba siguiendo la orilla opuesta del Guadalquivir, con la ilusión de entrar en la capital, donde los clientes omniadas y yemenitas le prestarían apoyo. Cuando llegaron a Brenes, observaron que cada una de las tres divisiones militares llevaba su estandarte, pero no así la del príncipe. Abu Saba se apresuró a atar un turbante a una lanza, presentando al príncipe esta bandera, que se convirtió en el paladín de los omniadas.

Pronto los dos ejércitos se hallaron frente a frente separados por el Guadalquivir, que no podían vadear, por estar demasiado crecido. Como el príncipe quería llegar a Córdoba, por la noche

mandó encender hogueras —como en un vivac— para hacer creer a Yusuf que habían acampado y, con la oscuridad de la noche, siguieron marchando en silencio. Pero el emir se dio cuenta y retrocedió para proteger a su capital. Al fin, en Mosara, cerca de Córdoba, se detuvieron frente a frente. Como las tropas de Abd al-Rahman no tenían más alimentos que garbanzos, el jueves 13 de mayo, día de la fiesta de Arafa, Abd al-Rahman reunió a sus jefes y les dijo: *«Ya es tiempo de tomar una última y firme resolución. Conocéis las proposiciones de Yusuf. Si creéis que debo aceptar, todavía estoy dispuesto a hacerlo; pero, si preferís la guerra, la prefiero también. Manifestadme francamente vuestra opinión; cualquiera que sea, será la mía»*. Todos se decidieron por la guerra y el príncipe nombró a los jefes que habían de mandar los diferentes cuerpos de ejército. Abd al-Rahman recurrió al ardid de comunicar a Yusuf que aceptaba sus proposiciones, que sólo habían sido desoídas por una impertinencia de Jalid; y que esperaba que no se opusiera a que su ejército pasara a la otra orilla, donde seguirían las negociaciones. Yusuf, no sólo no se opuso, sino que le envió bueyes y carneros. A la mañana siguiente —14 de mayo—, se dio cuenta de la trampa, cuando el ejército del príncipe, reforzado con los yemenitas de Elvira y Jaén, se desplegó en orden de batalla. Al comenzar el combate, Abd al-Rahman montaba un magnífico caballo andaluz y los yemenitas murmuraban: *«Es muy joven e ignoramos si es valiente. ¿Quién nos garantiza que, dominado por el miedo, no se salvará en ese brioso corcel y, arrastrando a sus clientes en su fuga, sembrará el desorden en nuestras filas?»*. Al llegar estos comentarios a oídos de Abd al-Rahman, éste llamó a Abu-Saba, que llegó montado en un viejo mulo, y le dijo: *«Mi caballo es demasiado fogoso y me impide con sus botes apuntar bien. Preferiría un mulo y en todo el ejército no veo ninguno que me agrade más que el que montas; es dócil, y a fuerza de encanecer se ha vuelto blanco, de negro que era. Me sirve a maravilla, porque quiero que mis amigos puedan reconocerme por mi cabalgadura»*. Cuando los yemenitas lo vieron montado sobre aquel viejo animal, sus temores se disiparon.

La caballería del príncipe omeya arrolló el ala derecha y el centro del ejército enemigo, y Yusuf y Somail huyeron; el ala izquierda se mantuvo firme hasta el mediodía, y no cedió hasta que todos, incluso el jefe cayeron muertos.

Las tropas victoriosas se entregaron al saqueo, y como el harem de Yusuf corría peligro, el príncipe llamó al superior de la mez-

quita y le pidió refugiara a las mujeres en su casa, con las riquezas que pudo salvar. En agradecimiento le regalaron una esclava —Holad—, que fue la madre de Hixem I. Por esta conducta noble y generosa de Abd al-Rahman, se disgustaron los yemenitas, que ansiaban el saqueo y vengarse de los maaditas, y uno de ellos se atrevió a decir: «*Hemos acabado con nuestros enemigos los maaditas. Este hombre y sus clientes pertenecen a la misma raza; volvamos sobre las armas contra ellos; matémoslos, y en un solo día habremos alcanzado dos victorias en una*». Discutieron esta propuesta y el kelbita Tabala descubrió al príncipe el complot y que el que más le apoyaba era Abu-Saba. El príncipe le dio las gracias y nombro al kelbita Abderraman ben Noaim prefecto de la policía de Córdoba y se rodeó de todos sus clientes, organizándolos como guardias de corps. Se presentó en la mezquita donde pronunció la oración del viernes y arengó al pueblo, prometiéndole gobernar como un buen príncipe. Ya Abd al-Rahman era dueño de Córdoba.

Revueltas para derrocarlo. Expedición de Carlomagno

Mientras tanto, Yusuf y Somail —que ya hemos dicho que se fueron huyendo del combate del 14 de mayo— no desistían de su empeño de recuperar el poder. Yusuf fue a Toledo a pedir ayuda y Somail a Jaén, y juntos, más las tropas de Zaragoza, se dirigieron a Córdoba, apresando a Obaidala y a dos esclavos del príncipe (aprovechando su ausencia) que, cuando regresó, atacó a Yusuf y Somail, que se le rindieron, reconociéndole como emir, si les respetaba sus bienes. El omeya aceptó, pero se quedó como rehenes con dos hijos de Yusuf; asimismo canjeó a Obaidala por Jalid y, reconocido por todos como emir, entró en Córdoba, acompañado de Yusuf y Somail, quienes gozaron de gran favor en su corte y, a menudo, Abd al-Rahman les consultaba. Pero un día del 758 Yusuf huyó a Mérida y varios escuadrones salieron a perseguirlo. Como no lo encontraron, Somail fue encarcelado junto con los dos hijos de Yusuf que había como rehenes. Yusuf, con un ejército de árabes y berberiscos, se dirigió a Sevilla con ánimo de conquistarla, pero fue derrotado por Abdelmelic y su hijo Abdala. Yusuf huyó hacia Toledo, pero a cuatro millas de la ciudad, lo mataron y llevaron su cabeza al emir omeya; poco después, Somail fue estrangulado en su calabozo.

En principio, Abd al-Rahman ejerció una política de atracción de los omeyas que habían escapado de la persecución del al-Saffah

y de los mawlas mawranés que quisieran compartir su suerte. También intentó emplear la persecución con los vencidos, con el objeto de que el emir representara para los andaluces, de cualquier clase social y origen, el lazo moral destinado a unirlos, y que con su sola presencia impusiera la tregua en las luchas de partidos y la paz de los espíritus.

La política de atracción se tradujo en la venida e instalación en España de una nueva oleada de inmigrados, que Abd al-Rahman acogió con afecto y colmó de deferencias y honores, y que constituyeron en Córdoba la aristocracia de sangre real, que los historiadores llaman nobleza quraysí. Pero, a partir de la traición de Yusuf, convencido Abd al-Rahman de que la persuasión y la clemencia habían resultado estériles, sostuvo casi sin interrupción lucha contra sus enemigos, ensañándose sin piedad con los que traicionaban su confianza, en la convicción de que el menor desfallecimiento y la más mínima indulgencia por su parte, serían explotadas contra él.

Abd al-Rahman había conseguido ser el dueño del país, pero no gozaba de paz. Su poder no tenía raíces, pues lo debía al apoyo de los yemenitas y éste era muy débil. Estos, al comprobar que no ejercían sobre el soberano la influencia que hubieran deseado, tomaron parte en todas las conjuras tramadas contra él. Durante los 32 años de su reinado, Abd al-Rahman vio discutida su autoridad, aunque, afortunadamente para él, como no había unidad entre los jefes árabes, siempre salió victorioso.

Entre las más grandes revueltas tramadas por los yemenitas, figura la de Ala Aben-Mogit, que estalló en el 763, enarbolando la bandera de los abbasíes en el distrito de Beja (S. de Portugal). Provisto de dinero y de instrucciones precisas para el califa Al-Mansur, desembarcó en España con la promesa de obtener el gobierno de Al-Andalus, si destronaba al emir omeya. Aquí se le unieron muchos árabes —especialmente yemeníes— dispuestos a enriquecerse con el pillaje y a saciar sus rencores. Abd al-Rahman, convencido de la gravedad de la situación, escogió entre sus tropas las que le parecían más leales y se fortificó en Carmona, plaza que tenía fama de inaccesible. Allí lo tuvo cercado dos meses el abbasí, hasta que una audaz salida le permitió derrotar a su enemigo y hacerlo huir. Al-Alá y muchos de sus partidarios murieron en la lucha y Abd al-Rahman ordenó decapitar los cadáveres. Aque-

llas cabezas fueron embalsamadas y, junto con la bandera negra, un diploma de investidura y un relato circunstanciado de la derrota, fueron metidas en un saco, que un comerciante llevó a Qayrwan, con el encargo de dejarlo de noche en el mercado de la capital. Al descubrirlo y llevárselo al califa, éste exclamó: «*Loado sea Dios, que ha colocado la mar entre ese demonio y yo*».

Dominado el partido abbasida, la sumisión de Toledo fue inmediata. Cansados de guerra, los toledanos pidieron la amnistía, que les fue concedida a cambio de entregar a sus jefes. Estos fueron llevados a Córdoba, donde el emir les mandó rapar la cabeza, vestirlos con unas túnicas de lana, y meterlos en cestas; así fueron paseados por las calles, siendo víctimas de los insultos del populacho, y luego crucificados.

Dos años después, un jefe yemenita de Niebla —Saidal-Matari—, que se había emborrachado, juró vengarse de la muerte de Alá, y ató en su lanza un trozo de tela negra. Llamó a sus hermanos de tribu y, juntos, ofrecieron resistencia en el castillo de Alcalá de Guadaira. Sitiado por Abd al-Rahman I, sus tropas fueron derrotadas y obligadas a rendirse.

En el 766, destituyó como gobernador de Sevilla a Abu-Saba y éste llamó a los yemenitas a las armas. Viendo Abd al-Rahman que no era tan fácil someterlos, acudió a la negociación. Por medio de Aben-Jalid le envió un salvoconducto firmado por él para que Abu-Saba fuera a Córdoba, adonde llegó acompañado de 400 jinetes, que se quedaron en la puerta del palacio. Parece que en la entrevista que sostuvo con el emir llegaron a las manos, y como el príncipe no podía domeñarlo, llamó a sus guardias que lo mataron.

Más tarde, aprovechando que el emir omeya estaba ocupado en sofocar la insurrección promovida por el bereber Shaqya, se sublevaron Abd al-Gaffar y Hayat ben Mulamis, al mando de un ejército que intentó apoderarse de Córdoba; pero el omeya salió rápidamente a su encuentro y los dispersó y persiguió hasta la vertiente septentrional de Sierra Morena, donde les infligió una sangrienta derrota, junto al río Bembézar (774).

Y, por último, la más larga y peligrosa: la de los bereberes sublevados al mando de Shaqya ben Abd al-Wahid. Este maestro

de escuela quiso hacerse pasar por un imán descendiente del Profeta. Tuvo mucho éxito entre los bereberes, siempre al acecho de una doctrina nueva que respondiera a su oscuro anhelo de una regla puritana y una fe depurada. Esta insurrección se inició en el 768 y no fue dominada definitivamente hasta el año 777, después de muchos intentos sin resultado, porque el jefe de los sublevados practicó una táctica corriente entre sus compatriotas: cuando una columna omeya avanzaba para atacarle, se internaba en el corazón de un macizo montañoso inaccesible y, una vez alejado el peligro, volvía a bajar y seguía haciendo pillaje. Así consiguió Shaqya hacerse dueño de toda la abrupta región que se extiende entre las cuencas del Tajo y el Guadiana. Tomó las plazas fuertes de Coria, Medellín y Mérida, y estableció su cuartel general en el castillo de Sopenrán (Guadalajara). Durante los nueve años que duró la rebelión, Abd al-Rahman en persona o por medio de sus generales, envió expediciones para dominarla y, al fin, pudo acabar con ella sobornando a otro bereber insurrecto: Abu Zabal. Shaqya murió asesinado.

Es de admirar la energía y confianza en su estrella que tenía Abd al-Rahman, porque no sólo se le rebelaron los enemigos, sino incluso sus mismos parientes y amigos. En 779-80, el omeya Abd al-Salam ben Yazid y el propio sobrino del soberano Ubayd Allah ben Aban intentaron destronarle, pagando con sus vidas. Cuatro años más tarde, otro sobrino de Abd al-Rahman, al-Mugira, urdió una nueva conspiración en connivencia con Hudhayl, hijo de Somail, siendo los dos ejecutados. Incluso el fiel mawla del soberano, Badr, que ya era general del ejército con muchas victorias en su haber, se insolentó con su señor. Abd al-Rahman le confiscó sus bienes y le desterró por un tiempo a una plaza fronteriza (772-3), aunque después de varios años, le devolvió su puesto y sus prerrogativas.

Estas luchas internas impidieron a Abd al-Rahman dedicarse por entero a hacer la guerra santa en las fronteras terrestres de Al-Andalus. La mayor amenaza le vino de la monarquía asturiana. Al año de haberse establecido en Córdoba, murió Alfonso I (757), sucediéndole su hijo Fruela I quien durante su reinado, que duró hasta el 768, consiguió varias victorias sobre los andaluces, siendo la principal la de Pontuvium, en Galicia, en la que murieron muchos millares de musulmanes. Naturalmente, los cronistas árabes guardan silencio sobre esto, del mismo modo que las crónicas cristianas no dicen ni una palabra sobre una campaña ofensiva de las tropas omeyas que debió tener lugar por los límites de Alava

y que fue dirigida por Badr, quien exigió que las poblaciones de las comarcas que cruzó le pagaran tributo y le entregaran rehenes. Según los escritores árabes, la fuente más segura y más antigua de la historia del emirato hispano omeya, es la crónica de al-Razí. En ella hay un documento que no es otra cosa que un tratado de armisticio concedido por un período de cinco años, a partir de junio del 759, por «*el noble emir y respetable rey Abd al-Rahman I a patricios, monjes y al resto de la población de Castilla y sus dependencias*». El pacto cuyo texto aparece íntegro, estipula las obligaciones impuestas a los cristianos: entrega anual de diez mil onzas de oro, diez mil libras de plata y diez mil caballos y otros tantos mulos, sin contar mil cotas de malla, mil cascos y mil lanzas de asta de fresno. Levi-Provençal estima que debe ponerse en relación este pacto con la acción anterior realizada por los cordobeses.

Sabemos que en el 753 Yusuf al-Fihrí dejó a su hijo Abd al-Rahman como gobernador de Zaragoza, que era una ciudad próspera y una plaza fuerte de capital importancia estratégica. Su alejamiento de Córdoba le permitía a su gobernador considerarse casi independiente. Un poco antes del 778, era gobernador de Zaragoza Suleyman ben Yaqzan ben al-Arabí, de linaje kalbí, que se puso en contacto con un agitador árabe: Abd al-Rahman ben Habil, de apodo al-Siqlabí. A éste le encomendó el califa abbasí Muhammad al-Mahdí que creara en España un partido favorable a los abbasíes, con el objeto de derribar a los omeyas. Al-Siqlabí desembarcó en España y se entrevistó con el gobernador de Zaragoza, al que le prometió que le ayudaría en su política de disidencia; pero cuando descubrió su verdadero objetivo, ambos se enemistaron. El Ajbar Machmúa nos refiere que Ibn al-Arabí, después de haberse desligado de al-Siqlabí, se unió a al-Ansarí y se declaró en rebeldía contra el emir de Córdoba. Abd al-Rahman I envió tropas inmediatamente para sitiar Zaragoza, pero el general que las mandaba fue capturado, llevado a Paderborn y entregado a Carlomagno. Allí fueron al-Arabí, Abd al-Rahman ben Habib y el hijo de Yusuf, Abu-l-Assuad, donde Carlomagno celebraba un «*Campo de Mayo*», y le propusieron una alianza contra el emir de España.

Convinieron en que Carlomagno cruzaría los Pirineos con numerosas tropas, que al-Arabi y sus aliados del norte del Ebro le apoyarían y reconocerían por soberano, y que Ben Habib alistaría tropas berberiscas en Africa y las conduciría a la provincia

de Murcia, enarbolando la bandera del califa abbasida, aliado de Carlomagno. La realidad no respondió a los preparativos. Abd al-Rahman ben-Habid desembarcó con un ejército berberisco en Murcia, pero llegó demasiado pronto: antes que Carlomagno llegara a los Pirineos, por lo que, cuando pidió auxilio a al-Arabí, éste le respondió que debía permanecer en el Norte para secundar las operaciones del ejército de Carlomagno; creyéndose traicionado Ben-Habib, volvió sus armas contra al-Arabí, pero fue derrotado y, cuando volvió a Murcia, asesinado.

En la primavera del 778, tomó Carlomagno el camino de los Pirineos, los franqueó por Roncesvalles, y en Pamplona recibió la sumisión de los vascones; por Huesca llegó a Zaragoza, cuyas puertas le habían dicho que se le abrirían de par en par; pero al-Husayn ben Yahya, lugarteniente de al-Arabí, se negó y se encerró en la plaza, que Carlomagno sitió; el asedio duró más de lo que Carlomagno pensaba y, entretanto, le llegó la noticia de que Wittikind había vuelto a Sajonia y los germanos habían llegado hasta el Rhin. Levantó el sitio de Zaragoza y regresó a Francia, demoliendo las fortificaciones de Pamplona en retirada y llevándose prisionero a Ibn al-Arabí, a quien culpó de su contra-tiempo. Al día siguiente fue atacado por los vascos en Roncesvalles, en donde, según cuenta el cronista Eginardo, murieron el senescal Eggihardo, el conde de palacio Anselmo, y Rolando, duque de la Marca de Borgoña, además de muchos otros, consiguiendo libertar a al-Arabí, a quien llevaron a Zaragoza, así como al general de Abd al-Rahman, que entregaron a Carlomagno. Esta campaña le sirvió a Carlomagno de lección. En lo sucesivo, lo esencial no era tanto tomar la ofensiva contra el Islam hispánico, como afianzar a lo largo del Pirineo la seguridad de la Galia franca y del resto del occidente cristiano. Para ello creó el reino de Aquitania, cuya principal misión sería vigilar de modo permanente la actividad de los señores musulmanes de la frontera pirenaica, enfeudados o no al reino de Córdoba. Este nuevo reino fue dotado de un vasto territorio correspondiente a las cuatro provincias eclesiásticas de Bourges, Burdeos, Auch y Narbona, y se lo entregó a su hijo Luis, al que coronó rey de Aquitania el 15 de abril del 781, al tiempo que a Pipino lo coronaba como rey de Italia.

En el verano del 782, un general omeya puso sitio a Zaragoza y pronto llegó el emir en persona, que tomó la plaza por asalto y asesinó a al-Husayn ben Yahya, expulsando a los habitantes de la ciudad por algún tiempo. Después atacó a los vascos y al conde

de Cerdeña, a los que sometió a su autoridad; y, por último, juzgó y castigó a Abu-l-Assuad, que osó rebelarse.

En resumen, Abdal-Rahman ben Omeya salió vencedor de todas las insurrecciones; sus éxitos producían la admiración de sus mismos enemigos. Se cuenta que el califa abbasida Al Mansur le preguntó un día a sus cortesanos: «¿Quién os parece que debe ser llamado el sacre (halcón) de los Coraix?». Ellos, creyendo que el califa ambicionaba este título, le respondieron: «Eres tú». «No, no soy yo», repuso el califa: «El sacre de los Coraix es Abd al-Rahman, hijo de Moavia, que después de haber recorrido solo los desiertos de Asia y Africa, ha tenido la audacia de aventurarse sin ejército en un país para él desconocido y situado al otro lado del mar. No contando con más apoyo que su habilidad y perseverancia, ha sabido humillar a sus orgullosos adversarios, exterminar a los rebeldes, defender sus fronteras contra los ataques de los cristianos, fundar un gran imperio y reunir bajo su cetro un país que parecía ya repartido entre diferentes jefes. He aquí lo que nadie había hecho antes que él». Pero para lograr esto, tuvo que desplegar mucha crueldad y, por eso, no gozaba de simpatía, sino que todos le temían. Queriendo nombrar un cadí para Córdoba, sus hijos le recomendaron a Mosab, pero éste rehusó. Abd al-Rahman, conteniendo su cólera ante aquel anciano, se limitó a decirle: «Sal de aquí y que Dios maldiga a los que te han recomendado». Poco a poco le fueron abandonando sus clientes, pues no vacilaba en condenar por una simple sospecha; hasta Obaidala y Badr cayeron en desgracia, como dijimos.

Un día, estando Abd al-Rahman paseando taciturno y abatido, con la mirada en el suelo, entró un cliente a verlo y el emir le dijo: «¡Qué parientes los míos! Cuando intentaba asegurarme un trono, hasta con peligro de mi vida, pensaba tanto en ellos como en mí mismo. Habiendo realizado mi intento, les rogué que vinieran aquí y he compartido con ellos mi opulencia. ¡Y ahora quieren arrebatarme lo que Dios me ha concedido! ¡Señor Omnipotente, tú los has castigado por su ingratitude, permitiéndome conocer sus infames conspiraciones, y, si les he quitado la vida, ha sido por preservar la mía! Sin embargo, ¡qué triste es mi suerte! sospecho de todos los individuos de mi familia y ellos, a su vez, temen que atente contra sus vidas. ¿Qué confianza, qué expansión, cabe ya entre nosotros? ¿Qué relaciones pueden existir entre mi hermano y yo, siendo él el padre de ese desdichado joven? (Mogira, que con el hijo de Somail, tramó un complot y fueron descubiertos y castigados). ¿Cómo podré estar

tranquilo a su lado yo, que al condenar a su hijo a muerte, he roto los lazos que nos unían? ¿Cómo podrán mis ojos fijarse en los suyos?». Y le dio 5.000 monedas de oro encargándole que se las entregara a su hermano para que se fuera a la región de Africa que más le agradara. Así lo hizo.

En efecto, Abd al-Rahman se encontraba cada día más aislado. Por eso, al principio de su reinado, cuando aún gozaba de cierta popularidad, gustaba de recorrer solo las calles mezclándose con el pueblo; pero luego, desconfiado y sombrío, apenas salía del alcázar, y cuando lo hacía, iba rodeado de una numerosa guardia. Desde la gran insurrección de yemenitas y bereberes, aumentó las tropas mercenarias, compró y alistó esclavos, hizo venir de Africa una tribu de berberiscos elevando su ejército permanente a 40.000 hombres ciegamente adictos a su persona, pero indiferentes en absoluto a los intereses del país. Reducirlos a la obediencia y obligarlos a contraer hábitos ordenados y pacíficos, era la obsesión constante de Abd al-Rahman; y, para conseguirlo, no tuvo más remedio que practicar el despotismo del sable, porque los árabes y berberiscos eran refractarios a la monarquía.

El sistema defensivo. Organización militar

La solidez del edificio levantado por Abd al-Rahman en España, dependía del poder militar del soberano cordobés. Contra las agresiones de leoneses, castellanos, vascones y francos, era menester oponer un perfeccionado sistema defensivo, jalonado de posiciones estratégicas que, sobre garantizar la seguridad de las vías de comunicación, sirviesen de puntos de apoyo a las operaciones de castigo dirigidas contra el territorio cristiano. Asimismo, para contrarrestar la fuerza de los shi'ies de Ifriqiya, el gobierno cordobés tenía que organizar la defensa de unas costas sumamente vulnerables, sobre todo por el lado de Oriente, mediante la creación de flotas de guerra y la multiplicación de atarazanas, o mejor aún, propiciando el traslado de la lucha a suelo africano, alejándola de al-Andalus.

Las Marcas que protegían a la España musulmana por el lado de los reinos cristianos, eran a escala reducida, el reflejo de las Marcas del Imperio abbasí en las fronteras del Imperio bizantino. Se trataba de zonas de guerra, de una especie de limes en que se

وَجَلَّ الْعَصْرُ وَالْجَبَالَةُ وَالْفَيْسُ وَالذُّبَابَةُ أَتَاهَا الضَّغْتُ عَلَى بِالْعُرْفِ فَأَضَاعَتْ مَسْجُورًا
 فَتَشَدُّ لَدَى حَامِلَاتِهَا تَبِي قُرَيْتُ بِالرُّقْعَةِ دَرَمًا وَقَطَعَهُ وَقَلَّ لَهَا أَنْ غَابَتْ فِي الْمَسْجُورِ الْمَعْلَمِ
 وَأَشْرَبَتْ إِلَى الدَّرَسِمِ فَوَجَّي بِالْبَيْتِ الْمَهْمَرِ وَأَنْ أَسْبَانَ تَرْجِي فَخِذِي الْعِطْفَةَ وَأَيْسِرْ حَتَّى



نَأَتْ إِلَى السُّخْلَانِ الْبَيْدِ لَيْلًا وَالْأَبْلَحُ الْهَيْمَةَ وَقَالَتْ دَجَّ جَدَّكَ وَيَلْعَابُكَ لَكَ تَنْطَعُ
 بَلْعُ الشَّيْخِ وَبَلْدَةُ وَالسُّغْرُ وَأَبْجُ بَرْدَانَهُ فَقَالَتْ أَنْ الشَّيْخُ مِنْ أَهْلِ تَرْوِجٍ وَهُوَ الَّذِي وَتَحْتِ

GUERREROS ARABES A LA CONQUISTA DE ESPAÑA
 Miniatura pintada por Al-Wasiti (Biblioteca Nacional, Paris).



COLEGIATA DE RONCESVALLES

La ruta escogida por el ejército de Carlomagno fue el hondo barranco Arranosino que da paso en Roncevalles a la estrecha campa entre Peñiscar e Ibañeta, donde se desarrolló la batalla, presidida por el pico Ortzanzurieta.

El conjunto de edificios de Roncevalles lo forman la Real Colegiata y la capilla de Roldán, ambas del s. XIII, el hospital, el albergue de peregrinos y la iglesia de Santiago.

vivía en perpetua alerta, ligeramente dentro de una frontera que, de no estar formada por ríos importantes como el Duero o el Tajo, quedaba forzosamente imprecisa. Eran territorios militares en los que el delegado del emir ejercía el mando, no como un gobernador civil, sino como un jefe militar, un general, un marqués, en su sentido etimológico. En este reinado había tres Marcas: la superior, la media y la inferior. Desconocemos hasta qué punto los habitantes de las Marcas estaban sometidos a obligaciones o gozaban de franquías distintas de las que eran comunes en la población de las provincias administradas civilmente. En Zaragoza sabemos que la constitución del principado de los Banu Hud del siglo XI, no fue más que la consolidación de una situación efectiva preexistente, pues la Marca de Aragón disfrutaba en el reinado de Abd al-Rahman III de un régimen político muy próximo al de un protectorado, en la acepción moderna del vocablo: el jefe protegido debía manifestar su sumisión al príncipe protector, sin regatearle su colaboración militar y financiera; pero, a cambio, conservaba cierto número de prerrogativas casi soberanas, y figuraba como señor feudal de los jefecillos vasallos que regentaban las diferentes porciones del territorio.

Hay un buen número de castillos en España a los que puede asignárseles origen musulmán y esto denota los costosos esfuerzos que hubieron de realizar los omeyas cordobeses para mantener la pacificación de sus dominios. En su clasificación, hay una especie de jerarquía. Los mayores, a la vez centros urbanos, constituían verdaderas plazas fuertes que, por lo común, dominaban la llanura fértil y populosa que se trataba de proteger. Llevaban el nombre de *qa'la*, que, con el artículo, ha pasado a alcalá; después venían los castillos propiamente dichos, los *hisn*, ubicados siempre en lugar prominente, o en la cima de un cerro poco accesible, estaban constituidos por un sólido recinto que los rodeaba, salvo el caso de que por uno de sus lados hubiera un tajo a pico. Tal muralla, hecha de mampostería o tapial, estaba flanqueada por torres en los ángulos y tenía un camino de ronda y almenas; y su acceso se hacía por una puerta de sólidas hojas forradas de planchas de hierro, y a veces precedida de un puente levadizo que permitía franquear el foso, si éste reforzaba el sistema defensivo de los muros. Este recinto contenía: cisternas para las aguas pluviales, algún almacén de armas o víveres y ciertos alojamientos en la torre del homenaje. Fuera del recinto, en donde la cuesta era menos empinada, empezaba el arrabal del castillo, en donde vivían las gentes de la guarnición con sus familias y los pocos artesanos y

comerciantes que trabajaban en el mercadillo. Los soldados de la guarnición regular disfrutaban del derecho de cultivar un pequeño trozo de tierra en las inmediaciones del castillo, cuyo usufructo tenían. Esto los transformaba en labriegos apegados al terruño e interesados en defenderlo contra los ataques de los enemigos, y fue el sistema empleado a un lado y otro de la frontera y que sirvió de base para la política de repoblación de las zonas limítrofes.

Por último, en los distritos montañosos del sur había puestos fortificados de menor tamaño que los hisn, situados en las cimas de las escarpaduras rocosas. Eran casi inaccesibles y recibían el nombre de *sajra* (peña) y, al parecer, no tenían guarnición permanente. Todos estos castillos subsisten en su mayoría y algunos conservan la inscripción que conmemora su fundación, y su recinto sirve hoy de cementerio. En el arte de la fortificación, los musulmanes de España habían conseguido en el siglo X una maestría quizá superior a la del resto de la Europa Occidental. Los términos que designan las distintas partes del castillo pasaron en su mayoría al idioma castellano: *adarve* (camino de ronda), *acitara* (barbacana), *atalaya* (torre vigía), *albarrana* (torre exterior), etc.

Tenemos noticias muy vagas sobre la forma en que se hacía la recluta nacional y sobre la categoría social de los habitantes de al-Andalus sujetos al servicio de las armas. En primer término estaban los árabes de origen sirio, descendientes de los chundíes de Balch, herederos del estatuto tradicional de sus mayores y agrupados en circunscripciones provinciales llamadas *coras*. Estaban obligados al servicio militar permanente, sin que hubiera que pagarles por participar en la guerra. Aquí se englobaban a cuantos andaluces-árabes, bereberes o muladíes de condición libre y en edad militar se hallaban sujetos al servicio de las armas. Cuando el soberano organizaba una expedición y se veían en el caso de poner en marcha el mecanismo del reclutamiento, se procedían a una leva de tropas en todas las *coras* del reino, que se realizaba de dos maneras: los gobernadores de provincia reunían y enviaban a la capital o al lugar previamente señalado a los hombres que figuraban en el *diwan* de la *cora*; por otra parte, se efectuaban los alistamientos, de los que se encargaban los reclutadores. Entre los soldados reclutados, los que podían alegar origen árabe gozaban de un trato de favor distinto, según fueran sirios o baladíes (descendientes de los conquistadores de la península). Cada primavera era llamada a filas la mitad de los efectivos y, al cabo de tres meses, esta mitad era relevada por la otra; lo mismo se hacía con

los baladíes. Al-Razí alude a una tercera categoría de soldados —los muzara— que, al parecer, eran fuerzas supletorias reclutadas para las expediciones estivales.

El gobierno cordobés se dio cuenta muy pronto de que, para reforzar los elementos que proporcionaba la leva local, era forzoso acudir a los mercenarios. Más adelante, para hallar recursos con los que pagar a estos soldados extranjeros, los soberanos de al-Andalus permitían a algunos de sus súbditos obligados al servicio militar, eximirse de él mediante el pago de una elevada contribución. De este modo se sustraían de este deber los habitantes de las ciudades.

Sobre la división del conjunto de las tropas en un cierto número de unidades, todos nuestros datos son posteriores al siglo x; pero como no tenemos otros, de ellos nos hemos de servir. Según Hudhail, escritor granadino de la época de los nazaríes, la división tenía por base el número cinco: un cuerpo de ejército de 5.000 hombres, al mando de un general con título de emir y por insignia una gran bandera, se dividía en cinco batallones de a mil hombres, al mando cada uno de un *qa'id*, que llevaba como insignia de su grado una bandera más pequeña; cada batallón se dividía en cinco grupos de a doscientos, al mando cada uno de un *nagib*, con insignia de estandarte; y cada grupo de doscientos hombres se subdividía en cinco secciones de a cuarenta, cada una a las órdenes de un *arif*, que desplegaba un band; por último, cada sección de cuarenta hombres se fragmentaba en cinco escuadras de ocho, al mando cada una de un *nazir*, que tenía derecho a anudar en su lanza un banderín.

Además de las tropas regulares, mejor o peor encuadradas, cuando el soberano de Córdoba quería enviar una expedición a la frontera, podía disponer de la ayuda de voluntarios de guerra santa, en número relativamente nutrido, ya que no faltaban musulmanes piadosos que, al menos una vez en la vida, desearan cumplir la obligación canónica del *chihad* y se añadían a las columnas movilizadas para intervenir en la santa lucha contra el infiel. Estas gentes no tenían derecho a sueldo, pero podían recibir una parte del botín cogido al enemigo. A estos soldados se les llamaba voluntarios. Y, a partir de Alhakam II, arranca la berberización de las tropas califales, no sólo para aumentar los efectivos del ejército, sino para debilitar el prestigio de la aristocracia militar árabe.

Las expediciones contra territorio cristiano tenían lugar anualmente durante el verano; de ahí que llevaran el nombre de *sai'fa*, que los españoles llamaban aceifa. Era decidida por el príncipe que, antes, se asesoraba por sus generales y con ellos fijaba el plan de operaciones. Pero, con anterioridad, debían llegar a Córdoba los informes sobre el estado de las cosechas en las regiones que había que cruzar, porque, como el ejército vivía sobre el país a base de requisas, en años de gran sequía era forzoso desistir de la campaña. El jinete tenía derecho, desde que el ejército se hallaba en pie de guerra, cualesquiera fuesen su categoría y condición social, a los siguientes gajes, sin contar su sueldo en metálico: una cabalgadura con su atalaje, las armas, el alojamiento, los gastos de alimentación y el pienso para su cabalgadura. La distribución de estas asignaciones incumbía a cierto género de intendencia, cuyo jefe llevaba en el siglo x el título de *sahib al-ard*. Tal funcionario, que tenía también por misión en todo tiempo pagar el sueldo propiamente dicho de todos los soldados de plantilla, iba a tener como equivalente en los ejércitos de la España cristiana, al maestro racionero. Había una revista periódica de los efectivos militares consistentes en pasar lista a los hombres inscritos en el *diwan* (registro de los efectivos) del ejército, durante una reunión que se celebraba en una plaza de armas y que permitía comprobar no sólo la presencia del soldado inscrito en la nómina de sueldos, sino también el estado de su armamento y equipo. Los preparativos de cada expedición duraban de veinte a cuarenta días. Una vez decidida, se daba orden a los gobernadores de las coras para que procedieran a la movilización de los efectivos y los enviaran a Córdoba, ante cuyos muros se hacía la concentración de fuerzas. Asimismo los jefes de las Marcas debían incorporar sus tropas a las califales.

El soberano vigilaba directamente los preparativos, por lo que abandonaba su palacio y se instalaba con su guardia personal en un extenso terreno al norte de Córdoba, el Fahs al-Suradih, en un campamento formado por una serie de tiendas incluidas en un recinto. Cuando el monarca se trasladaba al campamento, atravesaba la capital a caballo entre aclamaciones y en medio de un fastuoso cortejo. Y con tal motivo, también había un brillante desfile militar. La ceremonia de entrega de los estandartes se realizaba en la mezquita mayor de Córdoba el viernes anterior al día en que partían las tropas; en este acto, les eran entregadas las banderas a los diferentes jefes del ejército y, al regreso de la campaña, volvían a ser colgadas de los muros del templo.

En cuanto al equipo, predominaban los jinetes, en la proporción de tres por cada dos infantes; así que, en la guerra, se empleaban casi exclusivamente contingentes de caballería, reservándose la infantería para los asedios y el relevo de las guarniciones de los castillos. Los caballos se conseguían por requisas y compras periódicas en la costa atlántica de Marruecos. Había dos tipos de sillas de montar: la andaluza y la africana. Cada jinete iba asistido en campaña por un escudero con una mula con el equipaje (que incluía una tienda para los dos), las armas defensivas y la reserva de proyectiles.

El armamento comprendía la lanza y el hacha de arzón con doble filo para los jinetes, y la pica, la maza, el sable, la daga y el puñal para los infantes, así como algunos llevaban honda y jabalina. El arco se usaba tanto a pie como a caballo y fue sustituido en el siglo XIII por la ballesta. Respecto a las armas defensivas, la cota de malla estaba reservada a una minoría, corseletes de malla y petos. Para proteger la cabeza usaban el casco metálico con visera, el capuchón de mallas y el capacete de hierro, así como brafoneras y espinilleras. El arma defensiva más empleada por el ejército andaluz era el escudo, y en él hay que distinguir el broquel del jinete y la rodela del infante. El broquel se llamaba *daraqá* (adarga) y se hacía de cuero tenso sobre un armazón de madera; y la rodela, circular, estaba hecha de madera o de placas de hierro, y era mayor que la adarga; las más solicitadas eran las de ante que, una vez curtido, pasaba por impenetrable a lanza, sable y a casi todas las flechas. Todas estas armas se guardaban en Córdoba, en una armería del Estado. Ibn Hayyar nos cuenta que los fabricantes debían entregar 13.000 escudos al año, 12.000 arcos, 20.000 flechas y 3.000 tiendas anuales.

El número de soldados que componían la columna variaba según el objetivo perseguido y la cantidad de fuerzas del adversario, y cuando avanzaba, la impedimenta constituía la zaga. Delante del grueso de las tropas iba la vanguardia, que por los lados la protegían escuadrones de caballería ligera. En cuanto el ejército se acercaba a territorio enemigo, una red de espías se encargaba de la información, mientras que los guías establecían en el cuartel general el itinerario y dirigían el avance de la vanguardia. La columna se dirigía al cuartel general avanzado —por lo general Medina-celi—, donde se le agregaban los contingentes de las Marcas.

No hay duda de que los procedimientos tradicionales de guerra de llanura que conocían los ejércitos árabes, apenas podían ser aplicados en España, de terreno tan accidentado. En las ocasiones en que el encuentro tenía lugar en una llanura, la táctica de las cargas de caballería seguida de bruscos repliegues —el clásico *kar wa-farz*— podía aplicarse, y los cristianos la imitaron, dándole el nombre de torna-fuya. A fines del siglo X Almanzor empleó movimientos más complicados, envolventes, y bruscas irrupciones contra la retaguardia enemiga. El orden de batalla era el siguiente: los infantes, con sus escudos, lanzas y venablos, se colocaban en varias filas, con la rodilla izquierda hincada en el suelo; detrás se situaban los arqueros y, por último, la caballería. Cuando los cristianos cargaban, los infantes no se movían, los arqueros les dirigían una ráfaga de flechas y los infantes les lanzaban sus venablos y les oponían las puntas de sus lanzas. Después, infantes y arqueros abrían sus filas para que pasara la caballería, que se lanzaba contra el enemigo. El papel del general en jefe consistía en seguir el combate desde una altura que le permitía abarcar todo el campo de batalla, y enviar refuerzos a las tropas que estaban en aprieto ante el enemigo. Como dicho jefe desplegaba un parasol —que era la insignia de su jerarquía—, constituía un hito para el enemigo; pero su guardia personal velaba para que no se le envolviera. El campamento, que contenía la impedimenta, debía ser inaccesible para el adversario.

El objetivo de la aceifa era, frecuentemente, liberar una fortaleza sitiada, asediar un castillo o cercar una plaza fuerte. Primero talaban los campos circundantes, luego penetraban bastantes tropas en territorio enemigo para impedir la llegada de refuerzos a la posición cercada, intentando reducirla por hambre y sed. Simultáneamente, cuerpos especiales emprendían trabajos de zapa para abrir una brecha en la muralla con el fin de derribar la parte superior mediante el incendio de los maderos que apuntalaban las excavaciones de los zapadores. Para violentar las puertas de los castillos, se utilizaban poderosos arietes y arqueros especializados lanzaban proyectiles incendiarios dentro del recinto; y, por último, se utilizaban catapultas. Cuando la guarnición asediada daba muestras de cansancio, se procedía al asalto, arrimando escaleras a los muros. Generalmente, la guarnición sitiada solía resistir sin desanimarse; si capitulaba, salvaba la vida y era llevada prisionera, con las mujeres y niños que no hubieran huido.

Si observamos que, a pesar de la actividad militar que desplegó Córdoba contra los cristianos, no consiguieron llevar las fronteras más adelante de donde estaban en el siglo X, esto nos induce a pensar que sólo tenía para los andaluces el valor de una obra pía, obligación de todo buen musulmán a la guerra santa contra el infiel. Más que sustraer a los cristianos territorios y ciudades, se trataba de infligirles la humillación de la derrota en el campo de batalla, y la no menor de tener que rendir homenaje al triunfador musulmán, reconociéndole como soberano. A este místico impulso se unía el deseo del botín, que era repartido conforme a las normas del derecho canónico: retirada la parte que correspondía al Estado, cada combatiente —según su grado, empleo militar y clase social—, recibía el lote a que tenía derecho, que se vendía en pública subasta, transformándolo en dinero. Los prisioneros de guerra eran objeto de negociaciones de cambio o rescate.

Los omeyas se preocuparon de tener a su disposición una flota de guerra, así como atarazanas en la costa mediterránea y en la atlántica. La considerable extensión de su litoral, exponía a al-Andalus a frecuentes ataques de enemigos y piratas. Pero el peligro fatimí fue el que decidió a los soberanos cordobeses a adoptar una política marítima ofensiva y defensiva. El ataque normando a las costas sevillanas indujo a Abd al-Rahman a construir una flota de trescientos navíos y a crear atarazanas, que luego sirvieron para reducir a la obediencia a las poblaciones baleáricas y para atacar a Galicia. Abd al-Rahman III tuvo siempre el estrecho de Gibraltar cruzado por flotillas ligeras, para impedir que recibiera refuerzos del norte de Africa Omar ben Hafsun, y en 927, reforzó la flota hasta el punto de que se apoderó de los presidios de Melilla y Ceuta. Y como respuesta al saco de Almería (955), una escuadra omeya incendió el puerto tunecino de la Calle y taló los campos de Susa y de Tabarga. Parece ser —tenemos pocas noticias al respecto— que la marina de guerra omeya en el siglo X era un instrumento bélico bastante poderoso y eficaz.

En 884 un grupo de navegantes andaluces crearon la Federación de Pechina, que fundó el puerto que fue el más importante del reino, tanto como base naval, como centro de tráfico comercial. En el siglo X servía de cuartel general a los almirantes de la escuadra omeya. *«El comandante de la flota almeriense compartía en algún modo el poder real con el califa: el uno reinaba en tierra y el otro en la mar»*, dice un autor andaluz.

La escuadra constaba de doscientos navíos; cada navío iba al mando de un *qa'id*, que se ocupaba de lo referente al armamento, los combatientes y la guerra, mientras otro oficial llamado *ra'is* dirigía la marcha del navío y disponía la maniobra del anclaje. Ibn al-Jatib afirma que, en tiempos de Al-Hakam II, la flota de Almería se componía de trescientas unidades. Había otros puertos de la costa española que eran bases navales y disponían de astilleros: Alcacer do Sal, Silves, Sevilla, Algeciras, Málaga, Alicante y Denia.

Los omeyas andaluces no sólo temían los asaltos de los piratas que infestaban el Mediterráneo, sino que se sentían amenazados por un desembarco fatimí o una ofensiva normanda. Para defenderse, jalonaron sus costas con torres vigías (*tali'a*, de donde derivó atalaya), que cruzaban señales durante la noche para avisar en caso de peligro a las guarniciones ribereñas. En sitios especialmente vulnerables, edificaron recintos amurallados que recibían el nombre de *rábitas*, dentro de los cuales vigilaban voluntarios que, al mismo tiempo, hacían ejercicios espirituales y se obligaban a llevar una vida de ascetismo. La rábita más famosa fue la del Cabo de Gata (al-Qabita); otra famosa fue al-Tawba, que se alzaba frente a Huelva, cerca de la desembocadura del Tinto, en el mismo lugar del actual monasterio de La Rábida.

Abd al-Rahman perfeccionó la organización administrativa de la Siria omeya, que los emires anteriores a él habían transportado a al-Andalus. Así, la España musulmana se veía elevada a la categoría de principado independiente y dueña de sus futuros destinos, aunque Abd al-Rahman I no se atrevió a tomar otros títulos soberanos que los de rey y emir, a los que añadía «hijo de los califas». En este reinado, Córdoba empezó a tener aspecto de capital musulmana y la población creció con suma rapidez. Amplió la sala de oraciones de la mezquita, rescatando de los mozárabes cordobeses lo que les quedaba de su antigua iglesia. En el 785 ordenó demoler la mezquita mayor y reconstruirla y, al mismo tiempo, hizo levantar en Córdoba muchas mezquitas de barrio. En 766 restauró las murallas de Córdoba, y, a tres kilómetros de la capital, al noroeste, al borde de un arroyo, y rodeada de jardines, mandó construir la residencia de al-Rusafa, idéntico nombre a la estival situada al NO de Palmira, entre esta ciudad y el Eufrates, que su abuelo, el califa Hisham, se preparó en 728. Y en el período 784-5 hizo levantar al lado del Guadalquivir y al oeste de la mezquita

mayor, un palacio de nueva planta, al que trasladó su cancillería y al que se fue a vivir él.

La tradición siria se mantuvo en España durante mucho tiempo y la afluencia de emigrados acentuó esta sirianización de España. Respecto a los muladíes, Abd al-Rahman comprendió que, en medio del continuo enredo de sediciones árabes y bereberes, su interés estaba en procurar atraérselos.

Abd al-Rahman murió en Córdoba el 30 de septiembre del 788. Fue enterrado en una capilla sepulcral del alcázar de los emires que, a partir de entonces, se convirtió en El Escorial de la dinastía. Fue el artífice de la dinastía omeya en el occidente islámico, y se le puede considerar uno de los mejores soberanos de su estirpe, que transmitió a su sucesor una monarquía apenas erosionada por las ofensivas cristianas.

BIBLIOGRAFIA

- DOZY, R.: *Historia de los musulmanes de España hasta la conquista de los almorávides*, tomo I. Madrid. Espasa-Calpe, S. A. 1946.
- LAFUENTE ALCANTARA: *Ajbar machmu'a*. Madrid, 1867.
- LEVI-PROVENCAL: *La civilisation arabe en Espagne*.
- MENENDEZ PIDAL, R.: *Historia de España*, tomos IV y V. Madrid, 1967.
- TORRES BALBAS, L.: *Los adarves de las ciudades hispanomusulmanas*. Al-Andalus, XII, pp. 164-193. *Barbacanas*. Al-Andalus, XVI, pp. 454-480. 1951.
- MARCAIS, G.: *Manuel d'art musulman*, I, pp. 248-252.